

# LOS FUTBOLÍSIMOS

EL MISTERIO  
DEL DÍA DE LOS INOCENTES

Roberto Santiago



Ilustraciones de Enrique Lorenzo



Primera edición: junio de 2017

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Coordinación gráfica: Lara Peces

Ilustraciones: Enrique Lorenzo  
Asistente de color: Santiago Lorenzo

© del texto: Roberto Santiago, 2017  
© de las ilustraciones: Enrique Lorenzo, 2017  
© Ediciones SM, 2017  
Impresores, 2  
Parque Empresarial Prado del Espino  
28660 Boadilla del Monte (Madrid)  
[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

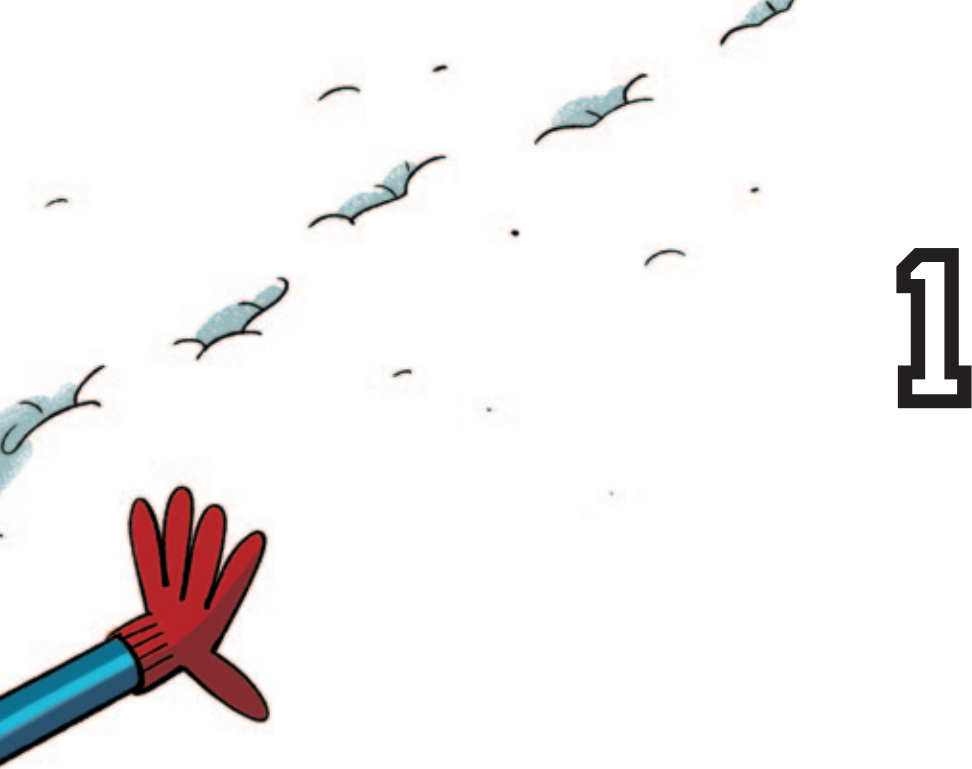
ATENCIÓN AL CLIENTE  
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403  
e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

ISBN: 978-84-675-9197-2  
Depósito legal: M-11979-2017  
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.







La nieve cubre completamente el campo de fútbol.

Resoplo y sale vaho de mi boca.

Hace muchísimo frío.

Todos los jugadores llevamos guantes y mallas negras debajo de los pantalones.

El partido está a punto de acabar.

Corro por la banda.

A trompicones.

El balón de color naranja vuela...

¡Y llega hasta mis pies!

Se queda allí clavado.

Justo delante de mí.

Doy un paso y mi bota se hunde en la nieve.

Cuesta muchísimo avanzar.

Puedo oír los gritos en la grada.

–¡Vamos, corre!

–¡Venga, ánimo!

–¡Adelante, Pakete, que no se diga!

Pakete soy yo.

En realidad me llamo Francisco, o Paco, aunque todos me llaman Pakete desde que fallé cinco penaltis seguidos en la Liga Intercentros.

Trato de empujar el balón.

Pero resbalo.

Y caigo al suelo de bruces.

Puedo sentir la nieve en mi boca.

En mi nariz.

–¡Vamos, Pakete, tú puedes! –exclama Felipe desde la banda, moviendo mucho los brazos.

Felipe es nuestro entrenador.

Da saltos delante del banquillo.

–¡Árbitro, ayuda al muchacho a levantarse! –grita–. ¿No ves que con tanta nieve no puede ni moverse?

–No digas tonterías –le corta Alicia, que está a su lado–. ¿Pero cómo va a ayudar el árbitro a un jugador? ¡Venga, chicos! ¡Arriba, Pakete!

Alicia también es nuestra entrenadora.

Que yo sepa, somos el único equipo del mundo que tiene dos entrenadores.

–¡Queda menos de un minuto! –continúa Alicia, desesperada, mirándome–. ¡Por favor, levanta, tú puedes!

Hemos luchado mucho para llegar hasta aquí.

Y casi no hay tiempo.

Y es un partido muy importante.

Y...

¡Tengo que conseguirlo!

Apoyo las manos en el suelo.

Miro el marcador.

Cuarenta y ocho segundos para terminar el partido.

47.

46.

Me pongo en pie.

En ese preciso instante llega un defensa del equipo rival: el número 5, un moreno enorme que debe tener por lo menos doce o trece años. No sé cómo le dejan jugar en la liga escolar.

Se lanza a por el balón.

A lo bestia.

¡Se va a llevar por delante la pelota, y a mí también!

Lo tengo casi encima.

No puedo hacer nada por evitarlo.

Aparto la vista y me preparo para el impacto que estoy a punto de recibir.

Se escucha un «Ooooooooooooooooooooooh» en la grada.

No he recibido ningún golpe.

¿Qué ha pasado?

Me giro.

Y lo que veo me deja atónito.

El defensa se ha tirado con tanta fuerza que...

Que...

¡Que se ha quedado clavado en la nieve!

36.

35.

34.





Aprovecho para golpear el balón y seguir adelante.

Puedo hacerlo.

Tengo que salvar al equipo.

Dejo atrás al número 5.

Y enfilo la portería.

Los aplausos y los gritos van en aumento.

Tengo delante otros dos defensas rivales.

Y el portero, que va vestido de naranja, igual que el balón.

—¡Aquí, Pakete!



Por el otro extremo aparece Helena con hache.

Mi compañera de equipo.

Me hace señas para que le pase la pelota a la otra banda.

Calculo las posibilidades.

De reojo, veo que también viene mi Toni corriendo por el centro, seguido de otro jugador del equipo contrario.

29.

28.

27.

¿Qué hacer?

¿Intento un regate?

¿Un pase?

Solo tengo una oportunidad.

En condiciones normales sería muy difícil.

Con el césped cubierto de nieve, es casi imposible.

Decido avanzar hacia el área.

Aunque las líneas del campo han desaparecido completamente.

Cada paso sobre la nieve se hace lento y pesado.

Los dos defensas corren hacia mí.

Helena está sola en la otra punta.

Tengo que pasarle el balón.

Si le doy de rosca, tal vez ella pueda rematar de cabeza. O con el pie. O como sea.

21.

20.

19.

–¡Vaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaamos, Paketel! –grita Alicia desde el banquillo.

Estoy a punto de golpear el balón.

Cuando...

¡ZAS!

Un bolazo de nieve me impacta en la cabeza.

Y a continuación...

¡ZAS!

Otro bolazo.

¿Quién ha sido?

¿Los defensas?

¿El portero?

–¡He sido yo! ¿Qué pasa? –exclama alguien unos metros por detrás.

Me giro y veo a Toni.

¡Ha sido él!

¡Mi propio compañero de equipo!

–¡Pásame el balón de una vez, atontado! –me grita–. ¡Solo yo soy capaz de meter gol!

Y me lanza otro bolazo de nieve.

¡ZAS!



Toni es el mejor del equipo y el máximo goleador, pero también es un chulito y un chupón, y esta vez se ha pasado.

10.

9.

8.

El partido está a punto de acabar.

No queda tiempo.

¡Y mi propio compañero se dedica a tirarme bolas de nieve!

Uno de los defensas rivales aprovecha y llega a mi altura.

Se tira al suelo.

Y me golpea la pierna.

Siento un crujido en el tobillo.



¡CRASH!

Me ha dolido tanto que ni siquiera grito.

Caigo al suelo.

Y me llevo las dos manos a la pierna.

No puedo hacer nada.

Ni avanzar, ni chutar, ni pasar el balón a Helena, ni siquiera a Toni.

Estoy tirado sobre la nieve.

Siento mucho calor en el tobillo.

El árbitro llega corriendo.

Y hace sonar el silbato.

Pii.

¿Qué ha pitado?

¿Falta?

¿El final del partido?

Escucho gritos y protestas a mi alrededor.

Sigo en el suelo.

Tiritando.

La nieve está muy fría.

Levanto la vista hacia el marcador.

3.

2.

1.

Y...

Y será mejor que empiece por el principio.

Unas horas antes.

Esa misma mañana.

Exactamente a las siete horas y cuarenta y cuatro minutos y diez segundos.

